

EL ESPACIO QUE ELEGIMOS. UNA PROFESIÓN SIN FÓRMULAS



Alberto Gárate Rivera

Colección “Educar desde el espacio que elegimos”


CETYS
UNIVERSIDAD

El espacio que elegimos. Una profesión sin fórmulas

Texto de Alberto Gárate Rivera

Ilustraciones de Luis Linares Borboa

Edición y formación de Néstor de J. Robles Gutiérrez

Colección “Educar desde el espacio que elegimos”

Programa Editorial del CETYS Universidad

Mexicali, Baja California, México, mayo de 2018

Primera edición digital, septiembre de 2018

www.cetys.mx/programa-editorial/
programa.editorial@cetys.mx

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons



Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

*El futuro es cada vez más breve y la resaca larga.
Supervivientes, sí, maldita sea, nunca me cansaré de
celebrarlo, antes de que destruya la marea, las huellas
de mis lágrimas de mármol... viviré para contarlo.*

Joaquín Sabina

El caso de Frank McCourt, el profesor

Imaginen esto que les voy a contar. Lo relata a su manera el mismo Frank McCourt en su multipremiada novela *Las cenizas de Ángela* (Océano, 2015). Se los comparto a mi manera.

Frank McCourt es un adolescente de 13 años. Vive en un pueblo olvidado llamado Limerick, en la vieja Irlanda. Corren los años de la década de los treinta del siglo xx y los nombres de Hitler y Mussolini retumban en las calles maltrechas de ese villorrio. La vida es dura, fría y llena de carencias. Los hombres trabajan en alguna fábrica de carbón y ganarse tres libras a la semana significa sudar frío. El diario acontecer tiene una simplicidad casi absoluta: las mujeres en casa teniendo los hijos que Dios les dé; los hombres trabajando en largas jornadas; cuatro instituciones o sitios metidos hasta en las emociones de los habitantes: el gobierno que mal reparte la exigua riqueza y se encarga de ali-

mentar el odio de los irlandeses hacia los ingleses; la iglesia católica u otras religiones más blandiendo los pecados en cada esquina y en cada puerta de las cuarterías (viviendas desvencijadas), ejerciendo un poder casi medieval; la escuela (primaria y secundaria), construida desde una disciplina ininteligible y con una verticalidad muy propia de la época y, la cuarta, la taberna, donde los hombres que cobran su sueldo los viernes van a dejarlo tomando pinta tras pinta porque sí, porque eran hombres y porque así lo habían aprendido de sus padres y abuelos.

La vida de Frank estaba en la parte más baja de la pirámide. Su padre era el más borracho de todos y su madre tuvo siete hijos, dos los cuales murieron muy pequeños. A Frank y a sus hermanos su madre los mandó a la escuela porque era algo natural en Limerick. Fueron a la primaria con todas las carencias a cuestas y con el hambre pegada a sus ropas andrajosas. Su madre no quería pasar la vergüenza pública de ser la única familia del barrio cuyos hijos anduvieran vagando en la calle todas las mañanas. Tampoco pensaba que el centro escolar moldearía a los suyos y que al paso de los años los volviera exitosos. Para ella la escuela no era más que el tránsito de la niñez a la adolescencia.

Frank no era un virtuoso, pero leía bastante. El autor no se mete para nada con la relación hambre-aprendizaje, esas teorías de la psicología edu-

cativa llegaron décadas después. A los 12 años, el personaje central de la novela comenzó a ayudarlo al viejo John a repartir bolsas de carbón en las casas de los pudientes. Algún chelín le daba John, pero más que eso, lo hizo sentirse útil. Frank, a esa edad, ya no quería hacer otra cosa más que tener 14 años y pedir el trabajo de John: conducir una carreta jalada por un caballo y repartir 15 bolsas de carbón por las casas de Limerick. Ello le nació de dos rasgos simples: el viejo John de continuo le decía que le era muy útil y, más de una tarde le soltó las riendas del caballo y ahí iba Frank por las calles destartaladas del pueblo, sintiéndose todopoderoso por tener los controles en sus manos.

Cuando John advirtió esta trampa que buscaba doblar el destino de Frank, le dijo: *No, Frank, tú no estás para ser maletero de nadie. Tú sigues en la escuela, ese es y debe ser tu único trabajo.* Y entonces fue a llevarlo a su casa a decirle a su madre que ya no lo ocuparía más. La decepción de Frank fue más grande que el regaño que le propinó su madre que interpretó el gesto del viejo John como un mal comportamiento del hijo. Además, los chelines los ocuparía, aunque fuera para comprar unas papas.

Ese fue el primer aviso de una persona que practicaba la alteridad sin saberlo. El segundo corresponde a la empleada de la biblioteca pública de Limerick. En cierta ocasión, un tío de Frank le pi-

dió que fuera a recoger algunos libros de ese lugar. Éste fue y cuando estaba por salir de la biblioteca, se soltó un diluvio. Entonces la bibliotecaria le pidió que se quedara hasta que dejara de llover y le dio un voluminoso libro que contenía historias de santos y querubines, según ella, para entretenerlo. Frank se arremolinó en las páginas de esas historias y, horas después, la bibliotecaria le dijo que ya se podía ir, que había dejado de llover. Sorprendida por la manera cómo leyó el adolescente, fue a buscar a su madre y le dijo: *Es menester que este niño siga estudiando, va a ser sacerdote. No he visto a un niño de su edad leer con tanto interés. Hasta le pregunté sobre lo que había leído y me lo dijo con una gran claridad. Insisto, Dios lo ha elegido, debe ser cura.* La madre no supo de qué hablaba aquella mujer; se conformaba con que no fuera a quejarse de que hubiese maltratado un libro, o peor aún, que se lo hubiese robado. Por su parte, Frank no quería ser sacerdote, quería ser empleado de la fábrica de carbón. Quería jalar las riendas de un caballo. Y nada más.

El tercer aviso llegó por parte del director de la escuela. En una clase, el señor O'Holloran, que se ocupaba del grupo de sexto año, lanzó un par de preguntas al aire que requerían respuestas abstractas. Nadie las respondió. Ante el silencio grupal, el hombre insistió en las preguntas y nuevamente sólo vio cabezas inclinadas hacia los mesabancos. En un

momento de apremio, paseando su mirada por las filas, vio a Frank y pensó: *Quizás éste atolondrado sepa algo*. Entonces le planteó las preguntas directamente. El adolescente, que hablaba poco en el salón, pescó la lógica sin inmutarse y respondió como si estuviera explicándole a su hermano menor el juego de las canicas. Al viejo profesor se le iluminó el rostro y se dijo que algo bueno podía hacer ese día. Frank: *Quiero que tu madre se presente conmigo mañana mismo. Anda, ve y dile que tengo mucho interés en hablar con ella*. La mujer dejó pasar un par de días porque no quería ir a escuchar quejas sobre su hijo. Cuando el director exigió que fuera porque, de no ser así, expulsaría a su hijo, no tuvo más remedio que acudir con harta vergüenza y con la pobreza rozando sus rodillas. Teniéndola frente a él, el hombre le dijo: *Su hijo es muy bueno para la escuela. Llévelo con los hermanos cristianos y dígales que va de mi parte para que lo admitan en la secundaria. Faltaba más, yo no soy director de esta escuela para preparar recaderos*.

Hasta aquí me gusta la historia porque Frank en la secundaria, y luego en el bachillerato, y después en la universidad, me daría la razón: las buenas escuelas y los buenos profesores construyen promesas, a veces a pesar de la falta de expectativas de la familia. Sin embargo... la respuesta que Frank le da a su madre cuando van de regreso a casa es un poema de

impacto de contexto y me desarma. Cito: “Me gustaría que el Sr O’Holloran no se metiera en lo que no le importa. Yo no quiero ir a la escuela de los Hermanos Cristianos. Quiero dejar la escuela para siempre y encontrar un trabajo, cobrar mi sueldo todos los viernes, ir al cine los sábados por la noche **como todo el mundo**” (p. 377). Cierro comillas y resalto “como todo el mundo”.

Y no fue porque quería hacer lo que todo el mundo en Limerick. Trabajar, cobrar su sueldo, ir al cine los viernes y los sábados ir a la taberna a ofrecerle unas pintas a sus amigos... y así. Ese era su mundo, no había otro mundo, nadie le había llevado a otro mundo y él no alcanzaba a viajar a otros confines a pesar de su capacidad lectora, y si lo hacía, el conocimiento y los sueños no tenían la fuerza suficiente para crear una ilusión, y después una expectativa. ¿Quién tiene la fuerza para romper ese círculo donde la vida parece predeterminada? ¿Dónde está la escuela, su sentido social, la idea de ser mejor, el futuro? ¿Cuál es el papel del contexto en el sentido de la formación de las personas?

De cualquier manera, a los días de su charla con el director de la primaria, aquella sufrida mujer lavó lo mejor que pudo su vestido menos desgarrado y el pantalón menos zurcido de Frank, y lo llevó con los hermanos cristianos. La respuesta que le dio uno de ellos, después de mirarlos de arriba abajo, fue con-

tundente: *Su hijo jamás estudiará con nosotros. Eso se lo aseguro.* Y lo cumplió. Su madre no insistió y Frank no estudió con los hermanos cristianos.

Con ese destino que parecía no tener grietas por el cual fugarse, con un Frank negado a estudiar y una familia ahogada en la pobreza, ¿qué fue lo que ocurrió para que Frank McCourt formara su propia grieta y por ahí gestionara una vida distinta? ¿Qué le dio la vida y qué tenía él que lo llevó a convertirse en el exitoso escritor que es hoy en día? Habría que leer dos novelas biográficas más de este hombre para saber las respuestas. A mí, para cerrar con relato, se me ocurre traer la reflexión que escribía un académico a propósito de los rasgos que definen a cada persona:

Qué la vida le ha dado o negado.

Qué de ella ha querido y podido,

o qué ha podido, pero ella no ha querido...

Algo ha de existir por ahí, metido en la esencia de la persona,

algo que no es dado por la herencia,

ni tampoco lo aprehendió del entorno que nos corresponde...

Un tercer elemento que es absolutamente propio, del individuo y de nadie más... eso que lo define, no otra cosa...

(J. L. Bonilla)

El hijo que se creyó zoquete

Esta otra historia es sobre Daniel Pennac, francés. A los sesenta años escribe un libro llamado *Mal de escuela* (2007). A manera de preámbulo, recuerda una frase que su madre solía utilizar cada que lo veía: ¿Qué haces en la vida? La pregunta tenía un origen: su comportamiento escolar en la primaria. “De modo que yo era un mal alumno. Cada anochecer de mi infancia, regresaba a casa perseguido por la escuela. Mis boletines hablaban de la reprobación de mis maestros. Cuando no era el último de mi clase, era el penúltimo” (p. 15).

Pennac, a la postre maestro universitario, escribe un libro sobre la escuela enfocándolo a lo que él supone no cambia: la vida del zoquete, el que no comprende, el que no es capaz de reducir al común denominador un quebrado. Escribe un libro sobre el dolor de no comprender y sus daños colaterales.

¿De dónde le viene esa condición de no entender, de pelearse con las mayúsculas y de ser incapaz de imaginar para entender la geografía? La respuesta no radica en una familia sólidamente constituida. Su padre, profesor universitario; su madre al cuidado de cuatro hijos, tres de ellos buenos estudiantes, biblioteca en casa, acceso al arte, a la pintura, a los viajes. La respuesta de su incapacidad está en él mismo, en algún tipo de condición psicológica que le impedía

aprender a la velocidad del resto. En esencia, Pennac señala que el miedo fue el gran tema de su escolaridad, su candado. “Y la urgencia del profesor en el que me convertí fue curar el miedo de mis peores alumnos para hacer saltar ese cerrojo, para que el saber tuviera alguna posibilidad de pasar” (p. 24).

Lo curioso del caso es que está fuera de un arquetipo. Ser hijo de una familia de clase media, constituida sin fragilidades extremas, teniendo claro que el éxito se logra con la disciplina, el estudio, el trabajo constante; viviendo de los ejemplos cotidianos de la familia extendida, de los amigos de la familia, de los propios hermanos. Con todas esas condiciones de salud, alimentación, cariño, formación en valores, ¿por qué resultar un zoquete? Fue una pregunta que atormentó a Pennac toda la vida, y que lo hizo vivir en cierta medida en la ilegalidad para no naufragar; hacía travesuras en la escuela como fraguar la idea de tener su propia pandilla (solitaria); le robaba unas monedas a su madre para comprarle un regalito al profesor de sexto que lo reprobaba casi por sistema. Incluso debía soportar los comentarios sarcásticos de su padre cuando se refería a su capacidad de aprender.

Pennac hace una autorreflexión clave. Para este tipo de alumnos la escuela no tiene porvenir. Ahí hay niños que no llegarán a nada. Destinos que no eligieron. Todos ellos creen que después de la se-

cundaria o de la preparatoria, no hay más oportunidad. Entonces aparecen tres o cuatro profesores, en una escuela nunca son todos, que reman en sentido contrario a la corriente; profesores que vienen de una historia personal que les provoca ver la carencia, que eligen a los zoquetes para recrearles una conciencia peregrina. A veces lo logran (con Penac, por ejemplo), y otras tantas no. Lo que vale es el intento.

Un enamoramiento perenne

Ramiro es un profesor de matemáticas. Tiene más de setenta años y acaba de estar en Ensenada participando como asesor de un proyecto de investigación sobre *Cómo se enseñan las matemáticas en el nivel de bachillerato*. El equipo de investigación, constituido por un par de maestras y por varios estudiantes de posgrados en educación, tuvieron la oportunidad de escucharle. Esperaban comentarios en torno a la metodología, al marco de referencia y esas cosas. Pronto se dieron cuenta de que el hombre, con un pizarrón al frente y un par de plumones en las manos, es imbatible. La corteza de su piel está fabricada con el arte de enseñar; en su pensamiento el razonamiento matemático y las mejores vías para hacerlo comprensible se traduce en una sucesión larguísima de casos que te retan a pensar. Ninguno de los que lo escucha parpadea.

Tuve la suerte de verlo en la parte final de ese par de sesiones de trabajo. Mi colega, la líder del proyecto, me envió un mensaje de texto donde me sugería que me presentaría en el salón donde estaban trabajando porque, de otra manera, Ramiro vería ponerse el sol en el ocaso y estaría muy campante. Seguí su consejo y fui a cortarle las palabras. Todavía pude escuchar que cerraba jugando con números y teoremas. Cuando concluyó, cada alumna le prodigó un abrazo largo y generoso. El gesto, por supuesto, no me pasó desapercibo. No es frecuente abrazar a un profesor que apenas se le conoce, y menos mirarlo con ese grado de admiración con el que lo hacían los asistentes de investigación. Me reservé el comentario hasta que estuvimos en la mesa de un restaurante, esperando la comida.

—Noté como te abrazaban los integrantes del equipo de investigación. Lo hacían como si te conocieran de hace tiempo y te tuvieran mucho cariño.

—¿Y qué viste en ese abrazo, Alberto?

—En ese abrazo que te prodigó Karla y en la mirada agradecida y emocionada de Gaby, pude darme cuenta que nunca te equivocaste de profesión; pude darme cuenta que la docencia y tú crearon su propia pachanga y ésta ha permanecido por décadas y décadas; pude darme cuenta que los años no te quitan ni la lucidez ni las emociones, ambas herramientas indispensables para formar a otros.

—Cuando leí tu libro *Educación desde la precariedad*, te dije que había un mal cálculo en el planteamiento central de tu tesis sobre la pedagogía de la alteridad.

—Refréscame el punto, por favor.

—Tú sostienes que el profesor debe acoger al otro, y en eso estoy de acuerdo, pero también señalas que lo debe hacer por compasión, de manera desprendida, sin esperar nada a cambio. Ahí es donde me distancio un poco del planteamiento. Un buen profesor, estimado Alberto, siempre espera algo a cambio.

Llega el mesero con una ensalada mediterránea y con una pasta combinada con mariscos que tienen muy buena pinta. Ramiro se sirve una porción y prueba un poco de ambos platillos. Yo estoy a la escucha.

—Los abrazos de Karla y Gaby me emocionaron profundamente, lo mismo que una maestra que estuvo en ambas sesiones, pero se tuvo que ir antes de finalizar. Ella me dijo que después de varios años de enseñar matemáticas en el bachillerato, nunca había visto con tanta claridad cómo hacerlo. ¿Quién crees que recibió más, ellas o yo? ¿Por qué con más de setenta años sigo aceptando invitaciones como la que me han hecho tus colegas investigadoras? Porque un profesor que es tal vive de este tipo de experiencias; porque para él está cla-

ro que debe saber mucho para interesar, y mostrar, y emocionar al otro. Pero siempre espera de aquel una señal, un gesto de aceptación, una palabra de reconocimiento. Eso alimenta a un buen profesor, mi querido Alberto.

Comimos en medio de un monólogo prolongado. A Ramiro le encanta regresar a su historia personal para compartirla. Su memoria es prodigiosa y, como buen sonoreense, su charla es amena. Se hizo profesor desde pequeño, cuando su madre le contaba cuentos de animales del bosque y en medio del relato, les preguntaba a su hermano y a él, acostados en el mismo catre: *Si mamá coneja ya tenía cuatro hijos y tuvo tres más, ¿pues cuántos hijos tiene ahora?* Ramiro sumaba a gran velocidad y contestaba al instante: *Siete*. Y luego su madre, profesora de mero lirismo, complicaba el cuento diciendo que la mamá coneja tenía cuatro hermanas y que cada una tenía ocho conejitos: *Entonces, ¿pues cuántos conejos hay en esa familia?* Ramiro se hacía loco y le decía a su mamá que no sabía, que siguiera contando el cuento. Su mamá no caía en la trampa y caminaba a apagar la lámpara de petróleo dispuesta a no seguir. Ramiro no aguantaba la presión y le gritaba: *No apagues, la familia de la coneja tiene 39 conejitos. ¿Y qué más, amá, qué más?*

Su vida da para un libro, pero para fines de este relato breve, baste decir que la mamá le había for-

jado el destino contándole cuentos pedagógicos. El resto lo hizo él de una manera singular. Decía que era tan feo como inteligente, entonces eso lo llevó a utilizar la segunda cualidad en la escuela para no sentirse relegado o para que el resto no lo considerara un zoquete. Al egresar de la secundaria lo tenía muy claro: sería profesor y enseñaría matemáticas. Lo que no tenía contabilizado sería las alturas que alcanzaría tanto en la docencia como en la investigación en este campo de conocimiento. Por ello llama la atención que, siendo un referente nacional de las matemáticas, asomen las lágrimas cuando un estudiante le da un abrazo de agradecimiento. Es un profesor que ha vivido toda la vida en espera.

Para pensar

¿A qué tipo de profesor nos parecemos? Detallo:

Frank McCourt, con 30 años de enseñar en secundaria escribe el libro *El profesor* (Maeva, 2006) que se promociona con este párrafo:

Ser profesor de secundaria durante treinta años en un entorno de alumnos desmotivados puede amargar la vida de cualquiera; pero Frank McCourt no es un profesor cualquiera. En este libro pone al descubierto su estrategia pedagógica, que siempre se ha basado en el relato de historias, al tiempo que reconstruye para sus alumnos la narración de su propia y agitada vida.

Por su parte, Daniel Pennac escribe *Mal de escuela* desde su ejercicio docente pensando en los menos favorecidos, en aquellos estudiantes que les pesa la escuela y el aprendizaje. En ese sentido, escribe y vive la docencia desde el margen. La diferencia con McCourt radica en la trayectoria de vida. Teniendo casi todas las condiciones para ser un estudiante destacado, no lo fue. También es cierto que su vida en la escuela —azarosa y áspera— nunca estuvo en riesgo, y con Frank la escuela siempre fue un riesgo. Pennac entonces trabaja desde la retaguardia. Su práctica docente detecta al desprovisto de capacidades y él reconstruye su voluntad con la intención de cincelarles la palabra porvenir.

Ramiro es un profesor de extirpe con capacidades transgeneracionales. Fue evolucionando su práctica de acuerdo con el tránsito de la escuela por la premodernidad, la modernidad y la posmodernidad. No supo hacer otra cosa en su vida que ser docente de matemáticas añadiendo un marcado sello comunitario. Estudiando su práctica educativa, Ramiro tiene como fortaleza el conocimiento, digamos que la episteme de las matemáticas. Lo que ocurre es que no se contenta con el saber, su sentido de la buena educación lo ha llevado a innovar las maneras en cómo enseñar esa ciencia. Además, la emoción de hacerlo derriba las barreras que siempre se presentan entre un profesor y sus alumnos.

Los tres están *en el espacio que eligieron* y por ello supieron que no se equivocaron. ¿A qué profesor nos parecemos? ¿Qué inferimos que hacen para convertirse en buenos profesores? La emoción está en ellos, se expresa en un carácter definido y una tenacidad por asumir que la docencia es una profesión de vida. Y aquí cabe preguntarnos: pasan los años y, ¿mantenemos el brillo y el gusto por lo que hacemos? ¿Aprendimos a querer a nuestra profesión?

Si bien la docencia es una *profesión sin fórmulas*, sí podemos identificar constantes. Ningún profesor es igual a otro, pero los buenos maestros se parecen bastante, ¿no lo creen?

Referencias

- Gárate A., Ortega P. (2015). *Educación desde la precariedad*. México: CETYS Universidad.
- McCourt, F. (2015). *Las cenizas de Ángela*. México: Océano.
- McCourt, F. (2006). *El profesor*. Barcelona: Mavea.
- Pennac, D. (2007). *Mal de escuela*. Barcelona: Random House Mondadori.



¿A qué profesor nos parecemos? ¿Qué inferimos que hacen para convertirse en buenos profesores? La emoción está en ellos, se expresa en un carácter definido y una tenacidad por asumir que la docencia es una profesión de vida. Y aquí cabe preguntarnos: pasan los años y, ¿mantenemos el brillo y el gusto por lo que hacemos? ¿Aprendimos a querer a nuestra profesión? —AGR